

LOS LABORATORIOS DE CONSERVACION EN LOS MUSEOS ARQUEOLOGICOS

Carmelo Fernández Ibáñez

Conservador de materiales arqueológicos. Laboratorio de Conservación y Restauración.

Museo Arqueológico Provincial. Orense.

Presentamos hoy un tema que, aunque cuenta con entidad propia como ciencia interdisciplinar, tiene mucho que ver con la arqueología; se trata de la Conservación-Restauración y de su aplicación en museos, concretamente arqueológicos en nuestro caso.

Ante el deplorable estado en que suelen presentarse los materiales arqueológicos, hoy por hoy resulta apremiante la existencia de un laboratorio de conservación en las áreas de servicio de nuestros museos. Somos conscientes de que el montaje de una empresa de este tipo resulta cara, aunque quizá no tanto como pueden llegar a suponer alguno de nuestros lectores; a la postre, resulta indudablemente una inversión rentable, aunque no sea específicamente de carácter monetario. Desgraciadamente tan sólo los grandes museos pueden permitirse el «lujo» de disponer de una amplia plantilla de restauradores, por otra parte siempre escasa ante la ingencia del material. Mientras, el resto de los museos lucha por conseguir un sólo especialista y/o con mucha suerte algún contrato temporal.

Lo que realmente hay que plantearse es la necesidad inmediata de asegurar la supervivencia de nuestro legado material, mediante un plan preestablecido de actuación según las necesidades de cada centro y con una dinámica marcada sin agobios, presiones... por parte de los propios especialistas. Un laboratorio de conservación deberá ser destinado exclusivamente para la función que le dio origen y no como almacén, centro de lavado y siglado... lo que provoca el entorpecimiento de la propia labor del conservador, ya de por sí difícil y delicada y que requiere la máxima atención para evitar accidentes o situaciones que perjudiquen de manera grave el estado del material (1).

El personal de un laboratorio de conservación debe atender no sólo el material almacenado o de nuevo aporte por excavaciones (laboratorios itinerantes, extracciones «in situ»...) sino también a la vigilancia del clima y microclima del museo. Deben controlarse humedad y temperatura en vitrinas, salas, almacenes y en el propio laboratorio de conservación. El cotejo de diferentes gráficas durante un período de tiempo representativo por medio de termohigrómetros, nos lle-

vará a unas determinadas directrices y con ello a tomar las medidas oportunas en cada estación del año. Asimismo, no debemos olvidar las mediciones luxométricas de la iluminación, con lo que evitaremos deterioros en determinadas piezas expuestas.

Otro tema importante es el del cuidado de las obras de arte durante el transporte en exposiciones nacionales y/o internacionales, no sólo las de nuestro museo sino también las que puedan llegarnos de otros centros para exponerse en el nuestro. Nuestra labor sería la de asegurar no sólo la protección física, sino también la ambiental durante el traslado y en la propia exposición. Esto resultará vital si se trata de viajes a otros países con latitud diferente a la del museo de origen, por lo que pueden variar parámetros ambientales como la humedad, presión, temperatura...

Evidentemente todo este tipo de trabajos de conservación los llevarán a cabo especialistas en la materia, puesto que en el caso contrario no tendríamos ninguna garantía sobre los resultados. El conservador-restaurador es el único que puede llevar a buen término las tareas propias de su profesión, si bien es claro que debemos tener en cuenta que el conservador es un ser humano y no un «magó», con cuyos resultados pueda incluso especularse. Su misión es la de mantener al objeto antiguo de la forma más inalterable que sea posible, aunque no existe la infalibilidad aún más, en un trabajo de este tipo, es el propio material el que marca el ritmo y pone los límites al propio especialista(2).

El trabajo diario del conservador se sustenta en unos criterios básicos, que pueden chocar muchas veces con mentes cerradas. Al especialista le guían unos conceptos cada vez más claros que, como todo buen investigador, aplica diariamente a su labor mediante pasos lógicos y en aras de la no intervención fraudulenta en la historia y en el propio hombre. Por otro lado, un intercambio de conocimientos y puntos de vista entre conservador y arqueólogo en nuestro caso, llevará a un diálogo enriquecedor para ambas partes, siendo el propio objeto el máximo beneficiario (3).

En un laboratorio de conservación resulta necesaria la existencia de una documentación, sobre los pasos dados en las piezas. Esta documentación, reflejada en fichas impresas, va acompañada de fotografías, dibujos, esquemas, radiografías, análisis diversos... y todo lo que pueda ser útil cara al futuro. Un ejemplo de la importancia de esta documentación es una posible reversibilización de los tratamientos en caso de que no sean efectivos, bien después de meses, años, etc... (4).

Hemos hablado hasta ahora de la seguridad de los materiales desde variados puntos de enfoque trataremos ahora de la seguridad del propio conservador. Este maneja constantemente todo un conjunto de productos químicos cuyo grado de toxicidad es variable, pero que a la postre acaba minando su organismo. Todos ellos son perjudiciales, desde un simple disolvente hasta el más efectivo inhibidor metálico. La mayoría de los museos se encuentran en edificios reaprovechados (palacios, casonas...) y por ello no se suelen adecuar a sus exigencias, tanto más en el caso de nuestros laboratorios: receptáculos con escasa ventilación, poco iluminados... Podríamos también hablar de la ausencia de campanas de extracción de gases, mesas de trabajo cerradas; a lo sumo se cuenta con una mascarilla y gafas protectoras. Y por fin, el horario de trabajo. Un conservador necesita de una concentración máxima en su trabajo y esto agota física y mentalmente; de una manera racional, el conservador no debería de permanecer más de 566 horas sobre los objetos (binocular, tomo, bisturí...), no sólo por los propios productos químicos, sino también por la vista y la fatiga física que hacen mella en la persona (5).

Concluyendo, es tan necesario para los museos poseer un laboratorio de conservación y restauración, como que éste se encuentre bien equipado para poder asegurar el estado de los objetos que almacena y expone, con el mayor porcentaje de seguridad. Su labor en el museo es una más entre la interdisciplinariedad de sus dependencias y por ello, deberá gozar de total libertad de actuación y criterios compartidos. Deberá también investigar en su propia ciencia, lo que implica una cierta elasticidad en su trabajo diario, que no deberá ser nunca una cadena de producción. Asimismo, será un perfecto complemento para con la disciplina arqueológica, por los datos aportados y las observaciones efectuadas durante los trabajos de limpieza y examen de los objetos. Finalmente uno de los aspectos más importantes será todo lo referente a la salud de los especialistas, dada la toxicidad de los productos que diariamente utilizan, y la fatiga visual a la que están expuestos.

BIBLIOGRAFIA

1.— Beltrán Lorís, M. (1983) *BELLAS ARTES—83*. Ministerio de Cultura. Madrid. pgs. 21 y 26.

- Coremans, P. (1974) *THE MUSEUM LABORATORY. PRACTICAL ADVICE*. Museos y Monumentos, IX. UNESCO. PARIS, Pgs. 93-118.
- Gurrea, R. (1984) *TRABAJOS DE RESTAURACION EN EL MUSEO DE ZARAGOZA: UNA EXPERIENCIA HACIA EL FUTURO*. Boletín del Museo de Zaragoza, nº 3. Zaragoza, Pgs. 373-379 (pg. 376).
- Philippot, P. (1970) *INITIATION DES MUSEOLOGUES AUX PROBLEMES DE CONSERVATION*, en «La Formation du Personnel des Musees» (obra colectiva). ICCOM. Londres, pgs. 76-82 (pg. 82).
- Pinilla Pinilla, E. (1982) *LOS TALLERES DE RESTAURACION EN LOS MUSEOS. CRITERIOS BASICOS*. Actas de las Primeras Jornadas del patrimonio Histórico-Artístico, Tomo II (Soria-1980). Burgos, pgs. 809-810 (pg. 809).
- 2.— Beltrán Llorís, M. (1983) *BELLAS ARTES — 83*. Op. cit., pgs. 24 y 25.
- Brommelle, N.S. (1969) *ILUMINACION. ACONDICIONAMIENTO DE AIRE, EXPOSICION, ALMACENAMIENTO, MANEJO Y EMBALAJE*, en «La Conservación de los Bienes Culturales» (obra colectiva). Museos y Monumentos, XI. UNESCO. París, Pgs. 309-320.
- Coremans, P. (1969) *CLIMA Y MICROCLIMAS*, en «La Conservación de los Bienes Culturales» (obra colectiva). Museos y Monumentos, XI. UNESCO. París, pgs. 31-44.
- Eri, L. (1982) *¿RESTAURADORES O AFICIONADOS?* Museum, Vol. XXXIV-1. París, pg. 45.
- Feller, R.L. (1964) *CONTROLE DES EFFETS DETERIORANTS DE LA LUMIERE SUR LES OBJETS DE MUSEE*. Museum, VOL XVII-2. París, pgs. 55-98.
- Fenández Ibáñez, C. (1986) *UNA NUEVA EXPERIENCIA EN ARQUEOLOGIA DE CAMPO. EL LABORATORIO DE CONSERVACION Y RESTAURACION DE LAS EXCAVACIONES ROMANAS DE JULIOBRIGA (Reinosa, Cantabria)*. Arqueología, nº 13. Porto, pgs. 185-188.
- (Gurrea, R. (1984) *TRABAJOS DE RESTAURACION...* Op. cit., pg. 374.
- Michalski, S. (1985) *UN MODULO DE REGULACION DE LA HUMEDAD RELATIVA*. Museum, nº 146. París, pgs. 85-88.
- Pinilla Pinilla, E. (1982) *LOS TALLERES DE RESTAURACION...* Op. cit., pg. 810.
- Raumer, B. (1985) *LA MODIFICACION DE VITRINAS PARA CONTROLAR LA HUMEDAD*. Museum, nº 146. París, pgs. 91-94.
- Sneyers, R. Plenderleith, H.J. y Philippot, P. (1960) *CLIMATOLOGIE ET CONSERVATION DANS LES MUSEES*. Museum, Vol. XIII-4. París, pgs. 202-289.
- (1953) *GUIDE PRACTIQUE POUR LA PROTECTION DES BIENS CULTURELS*. Ministerio del Interior. Anveres.

3.— Brandi, C. (1963) *TEORIA DEL RESTAURO*. Edizioni di Storia e Letteratura. Roma.

- 4.— Fernández Ibáñez C. (en prensa) *MODELO DE FICHA PARA EL REGISTRO DE LOS TRATAMIENTOS DE CONSERVACION Y RESTAURACION APLICADOS A LOS OBJETOS ARQUEOLOGICOS*. Zephyrus. Salamanca.
- Meseguer, J.S. (1970) *METODOLOGIA DE TRABAJO PARA EL ESTUDIO DE LOS PROBLEMAS DE LA DEGRADACION Y CONSERVACION DE MATERIALES SILICEOS*. Informes y Trabajos, nº 11. Madrid, pgs. 79-84.
- 5.— Agrawal, O.P. (1982) *ERRORES DE ORGANIZACION. LABORATORIOS SIN PERSONAL CUALIFICACION: UN PELIGRO PARA LOS OBJETOS*. Museum, Vol. XXXIV-1. París, pg. 44.
- Clydesdale A. (1982) *CHEMICALS IN CONSERVATION: A GUIDE TO POSSIBLE HAZARDS AND SAFE USE*. SCOTTISH DEVT. Londres.
- Feilden, B.M. y Scichilone, G. (1982) *UNA ARQUITECTURA ADAPTADA AL MUSEO* Museum, Vol. XXXIV-1. París, pgs. 10-20.
- Melchor Rodríguez, L. (1985) *DOS PALABRAS SOBRE LA CREACION DE LA ESCUELA DE RESTAURACION Y ALGUNOS RECUERDOS DE SUS PRIMEROS TIEMPOS*. Pátina, nº 1. Madrid, pgs. 2-3 (pg. 3).
- Pinilla Pinilla, E. (1982) *LOS TALLERES DE RESTAURACION...* Op. cit., pgs. 809 y 810.
- Sease, C. (1978) *BENZOTRIAZOLE: A REVIEW FOR CONSERVATORS*. Studies in Conservation, nº 23. Londres, pgs. 76-85.
- Tillotson, R.G. (1977) *LA SEGURIDAD EN LOS MUSEOS*. ICOM. París, pgs. 37 y ss.